

la extensión de su Reino, por la propagación de su caridad a todas las almas. Esta es en definitiva la obra que debe prolongarse hasta el fin de los tiempos.

Pues bien, frente a la degradación progresiva causada por el Concilio, esta es precisamente la obra que quiere perpetuar **la Fraternidad Sacerdotal San Pío X**. En medio de los tiempos confusos que vive hoy la Iglesia, esta Fraternidad nos asegura la integridad de la fe y de los medios con que se comunica la vida divina, al mismo tiempo que la protegen contra todos los errores que hoy en día la deforman y combaten.

Esta obra es esencialmente una obra de fidelidad a la Iglesia católica, apostólica y romana, como claramente lo dan a entender las palabras que Monseñor Lefebvre dirigía a los obispos por él consagrados: «Os conjuro a que permanezcáis unidos a la Sede de Pedro, a la Iglesia romana, Madre y Maestra de todas las Iglesias, en la fe católica íntegra, expresada en los Símbolos de la fe, en el catecismo del Concilio de Trento, conforme a lo que os ha sido enseñado en vuestro seminario. Permaneced fieles en la transmisión de esta fe para que venga a nosotros el Reino de Nuestro Señor».

Conclusión.

Démosle gracias a Dios por este enorme don de la Iglesia. Démosle gracias también por el don de la persona de Monseñor Lefebvre, por el don de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X. Hemos de sentirnos orgullosos de ser discípulos de Monseñor Lefebvre, porque hemos de estar orgullosos de poder conocer y defender, gracias a él, la doctrina y la gracia de la Iglesia.

Roguemos por la Iglesia; roguemos también por el Papa, que está hoy prisionero, igual que San Pedro en la Epístola de la fiesta, y por el cual la Iglesia hacía oración incesantemente. Un día el Papado se verá liberado de esa cárcel del pensamiento liberal, modernista y ecuménico, y de Roma volverá a salir la luz plenamente católica.

Por la gloria de la Santísima Trinidad,
por amor a Nuestro Señor Jesucristo,
por devoción a la Santísima Virgen María,
por amor a la Iglesia, por amor al Papa,
por amor a los obispos, sacerdotes y fieles,
por la salvación del mundo, por la salvación de las almas,
¡guardad el testamento de Nuestro Señor Jesucristo!
¡guardad el sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo!
¡guardad la Misa de siempre!
Monseñor Marcel Lefebvre

Fiesta de San Pedro y San Pablo El gran don de la Iglesia Católica

El día 29 de junio la Iglesia celebra la festividad de los dos apóstoles San Pedro y San Pablo, que es una de las solemnidades más antiguas de la Iglesia universal. Y si la Iglesia quiere honrar y venerar juntos a estos dos apóstoles, es porque representan a la Iglesia Católica entera: • San Pedro, su Cabeza y Piedra sobre la que está fundada, figura la Iglesia venida de la circuncisión, «*Ecclesia ex circumcissione*», esto es, a los primeros fieles convertidos del judaísmo; • y San Pablo, su gran Apóstol y Predicador, figura la Iglesia venida de la gentilidad, «*Ecclesia ex gentibus*», esto es, a los demás fieles convertidos del paganismo. Gentiles y judíos forman en la Iglesia católica un solo pueblo, un solo cuerpo místico de Cristo.

Ambos están asociados por varios motivos: • ante todo, por motivos históricos, pues ambos predicaron juntos la fe en Roma, fueron martirizados en la misma persecución de Nerón el año 67, el mismo día pero en diferentes lugares; • luego, por motivos escriturarios: así los asocia la Escritura, especialmente el libro de los Hechos de los Apóstoles, que en realidad son los hechos de dos de ellos: los hechos de San Pedro, o comienzos de la Iglesia entre los judíos; y los hechos de San Pablo, o comienzos de la Iglesia entre los gentiles; • finalmente, por el motivo simbólico arriba indicado, que por ellos se representa a la Iglesia universal, que fue formada esencialmente de judíos y gentiles, unidos ambos en el seno de un solo cuerpo místico.

En estos dos apóstoles hemos de agradecer a Dios el inmenso don de la Iglesia católica, y así lo hace la Liturgia. Veámoslo brevemente, y luego hagamos alguna aplicación al papel de nuestra Fraternidad Sacerdotal San Pío X.

1º San Pedro, Cabeza y Piedra de la Iglesia.

En San Pedro, la piedra sobre la que Cristo prometió edificar su Iglesia, vemos indicados los grandes dones que Dios confió a la Iglesia. La Iglesia está edificada sobre la confesión clara y abierta de la divinidad de Cristo, como nos lo recuerda el Evangelio de la festividad. Y como esta confesión se encontró en labios de San Pedro, aunque no por su conocimiento personal, sino por iluminación de Dios Padre, por eso Pedro es puesto como Roca, como *Piedra* (que eso mismo significa su nombre) de la Iglesia fundada por Cristo.

Dice Jesús a Simón Pedro: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Le dice él: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Le dice Jesús: Apacienta mis corderos. Vuelve a decirle por segunda vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Le dice él: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Le dice Jesús: Apacienta mis ovejas. Le dice por tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: ¿Me quieres?, y le dijo: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero. Le dice Jesús: Apacienta mis ovejas (Jn. 21 15-17).*

Así nos cuenta el Evangelio cómo Nuestro Señor le cumple a San Pedro la promesa que le había hecho de constituirlo Piedra de su Iglesia. A San Pedro, pues, le encomienda el Salvador el cargo de apacentar su rebaño. Y para eso le confía una triple misión u oficio:

1º Ante todo, el de **predicar la verdad** que él mismo había profesado al reconocer la divinidad de Cristo. *Cristo es la verdad*, y esa verdad la confió El a la Iglesia, y más en particular a la cátedra de San Pedro, a la cátedra de Roma, que por ese motivo se convirtió en Maestra de la verdad. Desde entonces, la doctrina revelada, la doctrina católica, procede de Roma, del magisterio personal de Pedro y de sus sucesores.

2º Luego, el de **comunicar la vida divina** a la que da acceso la fe. *Cristo es la vida*, y esta vida la confió también a la Iglesia, que la comunica especialmente mediante la liturgia romana, centrada esencialmente en el santo sacrificio de la Misa, a su vez completada por el año litúrgico tal como se celebraba en Roma, y por el breviario tal como se rezaba en Roma.

3º Y finalmente, el de **regir a las almas** para conducir las almas al cielo. *Cristo es el camino*, y la autoridad que El había recibido del Padre para juzgar y apacentar a las almas, la comunicó a San Pedro y la comunica a sus sucesores, que quedan investidos como pastores de la Iglesia universal, esto es, tanto de las *ovejas* u obispos, como de los *corderos* o fieles.

2º San Pablo, Apóstol y Predicador de la Iglesia.

No es menos cierto, sin embargo, que la cátedra de Roma, en su misión de enseñar la verdad, ha hablado siempre en términos paulinos. Y es que San Pablo recibió de Dios una luz especial para exponer los misterios de la fe, esos mismos misterios de los que la Iglesia de Roma es depositaria.

A mí, el menor de todos los santos, me fue concedida esta gracia: la de anunciar a los gentiles la inescrutable riqueza de Cristo, y esclarecer cómo se ha dispensado el Misterio escondido desde siglos en Dios, Creador de todas las cosas, para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora manifestada a los Principados y a las Potestades en los cielos, mediante la Iglesia, conforme al previo designio eterno que realizó en Cristo Jesús, Señor nuestro (Ef. 3 8-11).

Eso hace que San Pablo figure junto a San Pedro como columna principal de la Iglesia católica; pues, como el mismo San Pablo reconocía, *«el que actuó en Pedro para hacer de él un apóstol de la circuncisión, actuó también en mí para hacerme apóstol de los gentiles»* (Gal. 2 8).

Había en Damasco un discípulo llamado Ananías. El Señor le dijo en una visión...: Levántate y vete a la calle Recta y pregunta en casa de Judas por uno de Tarso llamado Saulo... Este me es un instrumento de elección que lleve mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel. Yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi nombre (Act. 9 10-11, 15-16).

Hablábamos, en la persona de San Pedro, de la predicación de la fe. En esa predicación podríamos ver los cuatro aspectos que encontramos en la doctrina de San Pablo, si consideramos sus distintos grupos de epístolas:

1º En un primer grupo, las **epístolas escatológicas (1 y 2 Tesalonicenses)**, San Pablo se aplica a exponer a los fieles la fe en todas aquellas verdades que deben saber para salvarse (aunque se centre más particularmente en algunas que la expulsión repentina de Tesalónica no le permitió explicar acabadamente). Es la primerísima función de la Iglesia: *instruir en la fe*.

2º En un segundo grupo, las cuatro **epístolas magnas (Gálatas, 1 y 2 Corintios, Romanos)**, San Pablo se aplica a rebatir a los adversarios de la fe, a refutar las herejías, en este caso las pretensiones de los convertidos judaizantes: *«Aún cuando un ángel del cielo o yo mismo os anunciáramos un nuevo evangelio, distinto del que habéis recibido, sea anatema»*. Es la segunda función de la Iglesia en su misión de evangelización: *combatir los errores, condenarlos y anatematizarlos*, para destruir los obstáculos a la fe.

3º En un tercer grupo, las **epístolas de la cautividad (Efesios, Filipenses, Colosenses, Hebreos)**, San Pablo se dedica a descubrir a sus fieles el gran plan de Dios, escondido antes en los secretos de la sabiduría divina: el restaurar todas las cosas en Cristo, el revelar el misterio de Cristo, el de su realeza, por la cual Cristo ha de poder serlo todo para todos, a fin de reconducirlo todo a Cristo. Ese es realmente el corazón de la predicación de la Iglesia, el fin al que se dirige toda su acción a través de la predicación, de la jurisdicción y de los sacramentos: *hacer que Cristo reine efectivamente en las almas, en las familias y en las sociedades*, llevándolas a profesar la religión católica, y transformándolas, en suma, en la cristiandad.

4º En un cuarto y último grupo, las **epístolas pastorales (1 y 2 Timoteo, Tito)**, San Pablo, ya cercano a su muerte, quiere proteger contra todo enemigo el depósito revelado, y encarece a Timoteo y a Tito, sus queridísimos hijos en el episcopado, que *guarden íntegra y fielmente el depósito que les ha sido entregado*; y que para ello transmitan la jerarquía que han recibido, formando un santo clero, y sean ministros intrépidos de la palabra, a tiempo y a contratiempo, con toda paciencia y doctrina.

3º Aplicación al apostolado de nuestra Fraternidad.

Sí, qué hermosamente resumen los dos apóstoles San Pedro y San Pablo lo que es la Iglesia, y lo que constituye justamente su misión en este mundo: • salvar a las almas llevándolas a Cristo por la predicación de la fe en El y por la comunicación de su vida divina; • luchar por la edificación del Cuerpo de Cristo, por